

DIOS DESEA QUE NO VIVAMOS EN INMORALIDAD.

Mateo 5:27 “Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio: v:28 Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón. v:29 Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno v:30 Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno v:31 También fue dicho: Cualquiera que repudie a su mujer, dele carta de divorcio v:32 Pero yo os digo que el que repudia a su mujer, a no ser por causa de fornicación, hace que ella adultere; y el que se casa con la repudiada, comete adulterio”.

Quiero abordar con ustedes de la manera más sencilla posible, un tema muy escabroso y escandaloso para todos, me refiero a la inmoralidad sexual.

A nosotros, los hijos de Dios, llamados a ser súbditos del Reino de Su Amado Hijo, en esta era de la Iglesia, no solo se nos presentó el Evangelio con miras a una salvación eterna, sino que nos hicieron renacer a una esperanza viva. Los que somos creyentes en Jesús, fuimos engendrados y regenerados por Su Espíritu, por ende, Él espera grandes cosas de nosotros en este tiempo.

Tal demanda de santidad, Dios se las fijó a los hijos de Israel mediante el Pacto de la Ley, pero fue imposible alcanzarla para cualquier ser humano, a pesar de el esfuerzo tenaz que muchos hicieron. Ahora, en el Nuevo Pacto, nosotros entendemos que solamente la Vida divina, o sea, Cristo mismo, es capaz de satisfacer las demandas de Dios. La Vida divina que nos fue dispensada, debe ser también nuestro vivir y nuestra experiencia de victoria ante la carne y sus deseos.

La Vida divina que nosotros tenemos, en realidad, debe ir más allá de los aspectos de ley. Dios nunca expresó Su profunda voluntad, o Su esencia y santidad, en la Ley, al contrario, la rebajó y le expuso al hombre lo básico que debía hacer para ser santo ante Él.

Para explicarle esto de una manera más clara, le cito el siguiente ejemplo. Dios le dijo al hombre: “*no cometerás adulterio*”. En esta demanda de la ley, Dios se rebajó, porque en Su visión y en Su naturaleza, Él no sólo esperaba que el hombre no cometiera pecado de adulterio, o de inmoralidad, sino que Él esperaba que interiormente Sus hijos tuvieran victoria sobre todo deseo e intención de la carne. Dios espera de nosotros mucho más de lo que la ley dice.

La enseñanza del Sermón del monte nos muestra que Dios quiere que Su Vida se desarrolle a través de nuestra naturaleza mortal, de tal manera que la victoria de Cristo se vuelva una experiencia de Vida para nosotros. Dios espera que Sus hijos sean puros. Él desea que dejemos de practicar el pecado en lo externo, es decir, que nos abstengamos de pecar; pero también quiere que alcancemos pureza en nuestro interior, o sea, que vencamos el deseo por el pecado.

En cuanto a la práctica exterior de la inmoralidad, podemos citar el caso de la mujer que fue sorprendida en el acto mismo del adulterio (Juan 8); al final de ese suceso vemos que el Señor le dijo a aquella mujer: “*Vete, y no peques más*”, porque Dios no desea que vivamos una vida licenciosa. En realidad son pocos los casos en los que se puede ver objetivamente el pecado de la inmoralidad sexual, pero es imposible medir esto de manera interior, es decir, no se puede medir la inmoralidad en los pensamientos y deseos de una persona. Sería indecoroso señalar que alguien tiene pensamientos impuros porque es algo que no se puede probar, pero eso no quita lo que Dios demanda de Sus hijos. Dios espera que nosotros alcancemos tal pureza, no basada en el hecho de que nunca seamos hallados “*infraganti en el pecado*”, sino basada en lo que Dios conoce de nuestro corazón. Dios sí conoce los pensamientos y las intenciones del corazón, y Su deseo es que limpiemos y restauremos nuestra vida, no ante el ojo y la opinión de los hombres, sino delante de Él. Desde el día que Cristo vino a morar a nuestro ser interior, nuestro vivir quedó delimitado para satisfacer el corazón y la santidad de Dios.

Si nosotros no entendemos las palabras que el Señor dijo en el sermón del monte, actuaremos únicamente bajo la abstención religiosa, bajo una práctica asceta, y un legalismo que como en muchas religiones, dan una talla de moralidad sólo al ojo del hombre.

El pecado en los seres humanos es como el agua, que siempre busca por donde fugarse. Es imposible detener la pasión, el deseo, y la euforia hormonal en la naturaleza humana, tales pensamientos siempre se filtrarán en alguna parte de nuestro ser; sin embargo, sería ingenuo pensar que los límites externos nos ayudan a no vivir en inmoralidad. Si así no fuera, Pablo no le hubiera dicho a Timoteo: *¡Huye de las pasiones juveniles! (2 Timoteo 2:22)*. El apóstol Pablo jamás le dijo a Timoteo: “*confronta y reprende las pasiones*”, sino “*huye*”, en otras palabras: “*no pienses que eres un campeón ante las pasiones, mejor huye de ellas*”. Normalmente huir es de cobardes, pero cuando se trata de las “*pasiones de la carne*”, huir es lo más sensato.

No menospreciemos las limitantes exteriores, éstas nos ayudarán a no caer en inmoralidad, pero reconozcamos que Dios está esperando que nosotros no vivamos de manera pecaminosa aún en lo interior. Todos tenemos que solucionar esta condición de manera personal, yo les aconsejo que busquemos la vida del Espíritu, primeramente, y además, usemos la sensatez humana. Huyamos de las pasiones, estableciendo límites lógicos y sensatos. La práctica de la inmoralidad es algo que no le agrada a Dios, y ahora que tenemos Su Vida, debemos ser victoriosos ante el pecado.

¡Dios les bendiga!